

CAPITULO III.

1546-1547

Primera sublevacion de la raza indígena.—Estalla en el territorio de los Cupules en los momentos en que el Adelantado Montejo llegaba á la península.—Medidas que se adoptan para sofocarla.—Los sublevados asesinan á varios encomenderos.—Cercan despues á Valladolid.—Vénse obligados á levantar el sitio despues de algunos combates.—Son vencidos despues en sus guaridas.—La insurreccion cunde despues hasta Bakhalal.—Es reprimida tambien en esta lejana provincia.

Al principiar el año de 1546, reinaba una paz octaviana en toda la península. Reducidos los *Cupules* y los *Cochuahes*, últimos defensores de la autonomía maya, y fundadas las poblaciones de Campeche, Mérida, Valladolid y Salamanca, que formaban un cuadro, entre el cual quedaban como aprisionados los vencidos, los conquistadores creyeron que habian terminado su empresa y que podian gozar en el descanso del fruto de sus victorias. Es verdad que este placer se hallaba bastante amargado con la falta de metales preciosos; pero cuando los conquistadores se persuadieron de que el mal no tenia reme-

dio, así por las medidas que habia tomado la autoridad para evitar que se despoblase la colonia, como porque llevada á feliz término la conquista de Yucatan, era ya difícil empeñarse en otra, se resignaron á terminar sus dias en esta porcion de América, que habian regado con su sangre, y se dedicaron á sacar todo el provecho posible de su modesta fortuna. Entónces fué cuando advirtieron que la tierra no era tan pobre, como á primera vista se habian imaginado: vieron que los trabajos agrícolas podian emprenderse en grande escala con los numerosos vasallos, que habian alcanzado en el repartimiento; y cada uno de estos señores semi-feudales se metió en su encomienda con el deseo de hacerla producir, toda la ganancia de que fuese susceptible.

Tal era el estado en que se hallaba la colonia, cuando á mediados del año que acabamos de citar, D. Francisco de Montejo, padre, arribó á Campeche. Su gobierno de Honduras habia terminado de hecho con el establecimiento de una audiencia real en Guatemala, y venia á Yucatan á ejercer el que, segun la capitulacion de Granada, debia disfrutar toda su vida. A la noticia de su llegada corrieron á felicitarle varias comisiones que salieron de Mérida y Valladolid, entre las cuales se hallaban su hijo y su sobrino y algunos de los conquistadores que desempeñaban los empleos mas elevados de la colonia. El Adelantado recibió con los brazos abiertos á sus antiguos compañeros de armas; pero cuando aun no se habian agotado las expansiones con que todo el mundo celebraba la vuelta del viejo soldado, comenzó á circular por la villa una noticia inesperada, que heló de espanto todos los corazones. Se decía que los indios orientales se habian sublevado y que varios españoles habian sido inmolados á su venganza. Esta tierra de Yucatan parecia ser fatal para el anciano gobernador. Los mayas, á quienes se habia sujetado, durante su ausencia, volvian á empuñar las armas en el momento en que volvía á pisar

las playas de la península. Pero él no se detuvo á hacer esta triste consideracion: habituado á luchar contra los vaivenes de la fortuna, bajó inmediatamente á Mérida con todos los comisionados que habian ido á darle la bienvenida, y se puso á dictar todas las medidas que creyó necesarias para ahogar en su cuna la sublevacion.—Hé aquí lo que habia sucedido.

En todos los levantamientos populares, por espontáneos que aparezcan, hay siempre jefes que los promueven, invocando el santo principio de libertad; pero que despues del triunfo, incurren muchas veces en los mismos defectos que censuraban al vencido. En el suceso de que vamos á hablar, desempeñaron el papel de jefes, los antiguos príncipes y sacerdotes de la tierra, con cuyo dominio habia acabado la conquista española. Acaso hicieron valer ante sus compatriotas el pesado yugo de los encomenderos, que los privaba en gran parte del fruto de su trabajo; pero como el tributo que pagaban á éstos, era tal vez el mismo que les exigian sus antiguos señores, este argumento no debió haber hecho grande impresion en sus ánimos. Pero se invocaria acaso el nombre de los dioses pátrios, se aventurarian promesas para el dia del triunfo y se explotaria sobre todo, aquel ódio implacable á todo lo extranjero, que dominaba en el carácter maya. La conjuracion se tramó y ramificó con todo el secreto necesario en una extension considerable del país y se esperó una oportunidad favorable para hacerla estallar. Los conspiradores habian observado que los españoles salian de tiempo en tiempo para sus encomiendas, dejando en las poblaciones que habian fundado solamente unos cuantos para guardarlas. Como la llegada del Adelantado á Campeche, dejó todavía con menor defensa á Mérida y Valladolid, á causa de las comisiones que salieron á felicitarle, se creyó que habia llegado el momento de obrar, y el 9 de noviembre estalló simultáneamente el movimiento en varios puntos del antiguo territorio de los *Cupules*.

Las primeras víctimas de la rebelion fueron dos hermanos, llamados Juan y Diego Cansino, los cuales fueron acometidos en Chemax, pueblo de su encomienda. Sorprendidos con aquel ataque inesperado, y no teniendo á la mano armas para defenderse, cayeron vivos en poder de los sublevados. Estos se dispusieron á gozar de su triunfo con todo ese lujo de crueldad, que como hemos observado en otra parte, era uno de los rasgos mas sombríos del carácter nacional. Ataron á sus prisioneros en dos palos, los desnudaron, segun se acostumbraba en los sacrificios mayas, y varios indios flecheros se colocaron á cierta distancia. Eutónces empezaron á disparar lentamente sobre ellos hasta que les cubrieron todo el cuerpo con sus flechas. Se asegura que los rebeldes hicieron durar todo el dia este suplicio, con el objeto de que no se creyese que obedecian á un ciego espíritu de venganza. Pero al ocultarse el sol en el horizonte, los míseros españoles sucumbieron al fin á sus heridas, entre los gritos de frenética alegría que resonaban en derredor del patíbulo. Cogolludo refiere la muerte de los dos Cansinos con permenores que hacen recordar las de los mártires del cristianismo. Dice que fueron puestos en una cruz, y que durante el suplicio no cesaron de exhortar á los indios á que abrazasen la religion de Cristo (1). La muerte de cruz era desconocida entre los mayas, y dudamos que las víctimas en aquellos momentos de angustia, pensasen en pronunciar discursos, que debian exasperar á sus verdugos. Como quiera que sea, muertos los españoles, sus cadáveres fueron descuartizados, y estos despojos sangrientos se enviaron á los lugares circunvecinos con el objeto de propagar el espíritu de rebelion. Las cabezas fueron colocadas en dos estacas, que los capitanes pasearon por todo el pueblo en señal de triunfo.

(1) Historia de Yucatan, libro V, capítulo II.

Hernando de Aguilar, encomendero de Ceh Aké, pueblo que distaba doce leguas de Valladolid, corrió una suerte igual á la de los de Chemax. Acometido durante la noche en su misma casa, sucumbió al número, y descuartizado tambien su cuerpo, sus miembros todavía calientes, fueron distribuidos entre sus asesinos y enviados despues á varios lugares de la comarca. Tambien fueron sacrificados en los pueblos de su encomienda, durante aquel dia memorable, Juan de Villanueva, Juan de la Torre, Pedro Zuruano, Juan de Azamar, Pedro Duran y Bernardino de Villagómez.

Pero hubo algunos encomenderos, que escaparon casi milagrosamente á la matanza. El de *Pistemax* ó *Hemax* (2) se hallaba en una hacienda, que habia formado cerca del pueblo, euando llamaron su atencion unos gritos salvajes, que resonaban en la plaza. Sabiendo demasiado lo que significaba aquel alboroto, que cien veces le habia hecho estremecer en los campos de batallu, salió precipitadamente, ganó el bosque y corrió á Valladolid, donde probablemente fué el primero que llevó la noticia del levantamiento. Llamábase el fugitivo Juan López de Mena, y aunque él se salvó, no sucedió lo mismo con dos muchachos españoles y varios criados suyos, que dejó en su casa, la cual fué incendiada por los sublevados.

Diego Gonzalez de Ayala, encomendero de Calotmul tambien se salvó, gracias á su presencia de ánimo y á las precauciones con que visitaba su encomienda, que no le inspiraba, segun parece, mucha confianza. Iba siempre armado de lanza, espada y adarga, y le acompañaba un esclavo que tenia, de raza africana. Sitiada su casa por los rebeldes y comprendiendo la intencion que traian, ordenó al negro que ensillase su caballo, miéntras él defendia la entrada. Ejecutada esta orden, el es-

(2) Tal es al ménos el nombre que Cogolludo dá á este pueblo. Acaso sea Pistéó Vaymax, situados ámbos en la region donde tuvo lugar el levantamiento.

pañol montó violentamente y seguido de su esclavo, á quien servia de escudo, se abrió paso con sus armas entre los conjurados. Salido al campo, el negro saltó á las ancas del caballo, y despues de algunos percances, que creemos inútil referir, llegaron ambos á Valladolid, donde comenzaban á hacerse preparativos para su defensa.

Bien necesaria fué esta precaucion, porque los sublevados, despues de los asesinatos cometidos en los pueblos de su vecindad, se presentaron frente á la villa en número considerable. Grande era el peligro para los españoles, porque en aquel momento estaban reducidos á veinte y dos. Es verdad que la colonia habia sido fundada con sesenta vecinos; pero varios habian sido asesinados, como hemos visto, otros habian ido á visitar al Adelantado en Campeche, y por último, diez y seis se habian ahogado el año anterior al pasar á la isla de Cozumel para reducirla. Felizmente para los sitiados, tenian consigo á algunos de los indios mexicanos que habian servido en la conquista, y á varios criados mayas, cuya adhesion estaba probada.

La primera determinacion que se tomó, fué comunicar á Mérida lo que pasaba, y en seguida se pensó en dar un golpe, que amedrentase á los sublevados. Todos los españoles y la mayor parte de sus criados les salieron al encuentro, y solo dejaron algunos en la villa con la orden de que tocasen tambores, á fin de que se creyese que todavía quedaban soldados en ella para defenderla. Empeñóse un ligero combate, en que como no se trataba mas que de ganar tiempo, miéntras llegaba el socorro de Mérida, los castellanos se retiraron á la poblacion, despues de haber hecho algunos estragos en las filas de los rebeldes con sus armas de fuego. Estos, entretanto, permanecieron en su puesto, poblando el aire con sus gritos y llenando de improperios á sus adversarios.

Profunda sensacion causó en la capital de la colonia, la noticia del levantamiento. Conocíase la bravura de los indios orientales y se comprendió que era urgente sofocar en su cuna la insurreccion, á fin de que no cundiese por toda la península. En la ausencia del teniente de gobernador, habia asumido el gobierno, el cabildo de la ciudad, y habiéndose reunido inmediatamente, acordó que el alcalde Francisco Tamayo Pacheco, con cuarenta hombres, marchase de pronto á Valladolid, mientras se organizaba una nueva fuerza, que debia servir para dar el golpe de gracia á los rebeldes. Tamayo se dió tanta prisa en acudir al socorro de sus compatriotas, que un dia despues de recibidos sus despachos, estaba ya en marcha con su pequeño destacamento. Pocas leguas se habia apartado de la ciudad, quando comenzó á notar síntomas de insurreccion en todos los pueblos de su tránsito. Mas allá de Izamal encontró algunas veces cerrado el camino y varias partidas de rebeldes que intentaron oponerse á su paso. Pero él no se detuvo mas tiempo que el muy necesario para remover estos obstáculos, y llegó sin grande dificultad hasta las cercanias de la villa, la cual encontró completamente cercada por los indios. Rompió con valor el sitio, y no tardó en caer entre los brazos de sus hermanos, que le recibieron como á su salvador.

Entretanto el Adelantado Montejo habia llegado á Mérida, y la primera determinacion que tomó, fué que todos los españoles que se hallaban en sus encomiendas, bajasen inmediatamente á la ciudad. Organizó luego el mayor número de fuerza que fué posible, nombró por capitanes á Juan de Aguilar y á los dos hermanos Bracamonte, y los puso á todos bajo las órdenes de su sobrino, Francisco de Montejo. Salió esta gente de Mérida, y despues de algunos encuentros con los indios del tránsito, que se habian ya declarado en abierta rebelion, lograron al fin penetrar en Valladolid, rompiendo las compactas filas de los sitiadores.

Llevaba órdenes el jóven Montejo de intentar medidas de conciliacion, ántes de empeñar ningun combate con los sublevados. Con este motivo, luego que entró en la plaza, procuró ponerse en contacto con éstos, ofreciéndoles toda clase de garantías, si deponian su actitud hostil. Pero habiendo sido infructuosos todos los pasos que se dieron en este sentido, se creyó necesario apelar á las armas, para que no se atribuyesen á debilidad.

Los sublevados resistieron valerosamente á los primeros esfuerzos que hicieron los españoles para retirarlos. Empeñáronse batallas todavia mas reñidas que las de la conquista, porque los indios se habian adiestrado mucho en el funesto arte de la guerra, tras veinte años de lucha. Comprendian además que si en esta insurreccion no recobraban su independencia, les seria ya imposible recobrarla en adelante. Veian con indiferencia los cadáveres de sus compatriotas, con que las armas españolas regaban el campo de batalla, y no cesaban de enviar correos hasta á los pueblos mas distantes de la península, para que viniesen á ayudarlos en este último esfuerzo de patriotismo. Pero todo fué en vano. Los conquistadores triunfaron al fin, como siempre, y los pobres indios se vieron obligados á abandonar el sitio de la villa, refugiándose á las poblaciones, donde aun ardia la llama de la sublevacion.

Francisco de Montejo no quiso dar tiempo á los vencidos para rehacerse y dividió su fuerza en varios grupos, con el objeto de que fuesen atacadas simultáneamente las diversas guaridas que habian elegido. El pueblo de Pistemax (?) fué el que se defendió con mas valor, porque cuando llegó á él el capitan Juan de Aguilar al frente de su pequeño destacamento, lo encontró ya fortificado al estilo del país. Acometióle sin embargo con ímpetu, y el héroe de esta jornada fué un soldado, llamado Sebastian Vázquez, quien cansado del teson con

que los indios defendian el pueblo, se metió valerosamente entre las filas enemigas, sin que nadie le siguiese. Allí habria perecido, víctima de su arrojo, si no hubiesen acudido á socorrerle algunos de sus compatriotas, entre los cuales se hallaba el mismo capitán. Este incidente bastó para que los sublevados se amedrentasen y corriesen á ocultarse á los bosques.

Con menor dificultad fueron sujetados Chemax, Calótmul y los demás pueblos rebeldes, aunque la campaña duró hasta el mes de febrero de 1547. Francisco de Montejo y los demás capitanes recorrieron el antiguo territorio de los *Cupules* de pueblo en pueblo y de bosque en bosque, y no descansaron hasta que consiguieron apagar la última chispa revolucionaria. El joven general desplegó en esta pacificación una habilidad extremada y prefirió siempre la persuasión á la guerra. Logró con esta política que los antiguos insurrectos volviesen á ocupar los pueblos que habian abandonado, prometiéndoles por entónces el olvido de todo lo pasado, aunque quizá se impuso despues un castigo moderado á los cabeçillas (3).

Pero cuando aun no se habia alcanzado del todo esta victoria, llegó á Valladolid un correo de Salamanca, en que se participaba al teniente de gobernador que los indios de aquella comarca se habian sublevado, y se le pedia el auxilio de alguna gente para sujetarlos. Habian comenzado las hostilidades los vecinos del pueblo de *Chanlacao* (4) en la comprension de la antigua provincia de Chetemal, asesinando á su encomendero Martin Rodriguez. La rebelion habia cundido en seguida á varios pueblos de la misma provincia y de la de *Bakhalal*, y como los españoles establecidos en aquella apartada

(3) Así, al ménos puede conjeturarse de la relacion de Cogolludo. Véase el capítulo III, libro V de su Historia de Yucatan.

(4) Este nombre es indudablemente una corrupcion del que tenia el pueblo rebelde.

region eran muy pocos, se creyó necesario no dilatar el socorro que solicitaban. El joven Montejo se fijó en el capitán Juan de Aguilar para acometer esta empresa, y en el nombramiento que le expidió á 6 de febrero, le recomendó expresamente que brindase á los sublevados con la paz y que solo apelase á las armas, como último recurso.

Partió Aguilar para Salamanca, acompañado solamente de veinte y cinco ginetes, y aunque tuvo que sostener varias escaramuzas con las partidas de rebeldes que vagaban yá por los campos, llegó en poco ménos de seis dias al término de su viaje. Extraordinario fué el gozo con que le recibieron los vecinos de la villa, porque se habia creído notar que todos los indios estaban ya dispuestos á sublevarse, con cuyo motivo temian ser atacados en la misma poblacion. Reunióse inmediatamente el cabildo y excitó á Juan de Aguilar á que pasase sin pérdida de tiempo al pueblo de Chanlacao, por ser el foco principal de la insurreccion, y prometió ayudarle con todo lo que fuese necesario para la expedicion, incluso algunos soldados españoles, que estaban dispuestos á seguirle. Le confirió ámplios poderes para proceder conforme le pareciese conveniente, le dió á reconocer por jefe accidental de la colonia y concluyó amenazándole con cobrarle daños y perjuicios, si se hacia remiso en el cumplimiento de su deber.

El pueblo de Chanlacao estaba ventajosamente situado en una isleta, que la naturaleza habia formado en el centro de una laguna. Los expedicionarios tuvieron necesidad de hacer el viaje en canoas, que sin duda eran todavía de construccion maya, y les acompañó un buen número de indios, que así podia servir para el gobierno de las embarcaciones, como para batirse en caso de necesidad. Cuando se dió vista al pueblo rebelde, se notó que se hallaba perfectamente fortificado, y los gritos con que sus defensores acogieron la presencia de las canoas, indicaba demasiado que se hallaban dispuestos á empeñar el

combate. Pero Juan de Aguilar se hallaba resuelto á intentar todos los medios de evitarle, así para cumplir con las intenciones del Adelantado, como con las órdenes que expresamente habia recibido en Valladolid y Salamanca. Una circunstancia favorable le salió al encuentro para ponerse inmediatamente en contacto con los insurrectos.

Entre las mujeres indias que acompañaban á los viajeros, venia una, que era esposa del cacique de Chanlacao. ¿Con qué motivo habia caido esta mujer en poder de los colonos de Bacalar? Se dice que en un encuentro, habido anteriormente con los naturales (5). Pero como esta insurreccion era la primera que se presentaba despues de la conquista, no se comprende en qué encuentro pudo hacerse una presa de esta especie. ¿El levantamiento de Chanlacao, no tendrá un origen análogo al que produjo la guerra de Troya? Como quiera que sea, habiendo sabido Juan de Aguilar que el cacique rebelde amaba apasionadamente á su jóven esposa, le mandó decir que ésta le sería devuelta, siempre que depusiese las armas. El comisionado llevaba además la orden de asegurar que habia sido tratada con toda clase de consideraciones, y se apelaba al testimonio de ella misma para que confirmase esta aseveracion. El cacique escuchó con muestras de agrado esta embajada, y despues de haber conferenciado con sus vasallos para cerciorarse de que se someterian gustosos á lo que él resolviese, pasó á la canoa de Juan de Aguilar y volvió á reconocer el dominio español. El capitán le colmó de regalos y le presentó á su mujer, en cuyos brazos se arrojó, lleno de satisfaccion y de reconocimiento.

Todos los pueblos que se habian sublevado en aquella region siguieron el ejemplo de Chanlacao, y al terminar el mes de febrero, habia sido apagada ya hasta la última chispa de insurreccion en toda la península.

(5) Cogolludo, Historia de Yucatan, libro V, capítulo IV.

CAPITULO IV.

1546-1548

Predicacion del cristianismo.—Primeros religiosos que se presentan en la península con este objeto.—Estudio de la lengua maya.—Gramática de Villalpando.—El Adelantado Montejo presta un apoyo eficaz á los misioneros.—Trabajos de éstos en Campeche, Mérida y Maní.—Los indios de la última poblacion intentan asesinarlos.—Sálvanse milagrosamente.—Castigo que se impone á los culpables.

El objeto ostensible de la conquista española, segun hemos hecho notar varias veces en el discurso de este libro, era la conversion de los indios á la religion cristiana. Con este pretexto se habia cedido á los reyes de Castilla el dominio de una mitad del mundo, y aquellos soberanos, deseosos de probar que no eran indignos de la donacion, habian dictado varias medidas para cumplir con las prescripciones del papado. Se hacian remisiones de frailes de diversas órdenes á los países ya sometidos, y se habia ordenado varias veces que no se emprendiese ninguna conquista, sin que los expedicionarios no llevasen consigo cuando ménos dos religiosos. Ya hemos visto que D. Francisco de Montejo no cumplió en este punto, con las ór-